



INSTITUTO CARO Y CUERVO

BOGOTÁ — COLOMBIA

APARTADO AÉREO 20002

NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 168

1º DE ENERO DE 1975

LA CONTINUACIÓN DEL «DICCIONARIO» DE CUERVO

APARECEN TRES NUEVOS FASCÍCULOS

Al finalizar el año de 1974 el Instituto se complace en presentar tres nuevos fascículos del tercer tomo del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* de Rufino José Cuervo, aparecidos en el curso de los últimos meses: son los fascículos 3, 4 y 5, es decir, tres más de los que habían visto la luz hasta 1961, año en que circuló el fascículo 2 y se suspendió la publicación, por razones de diversa índole.

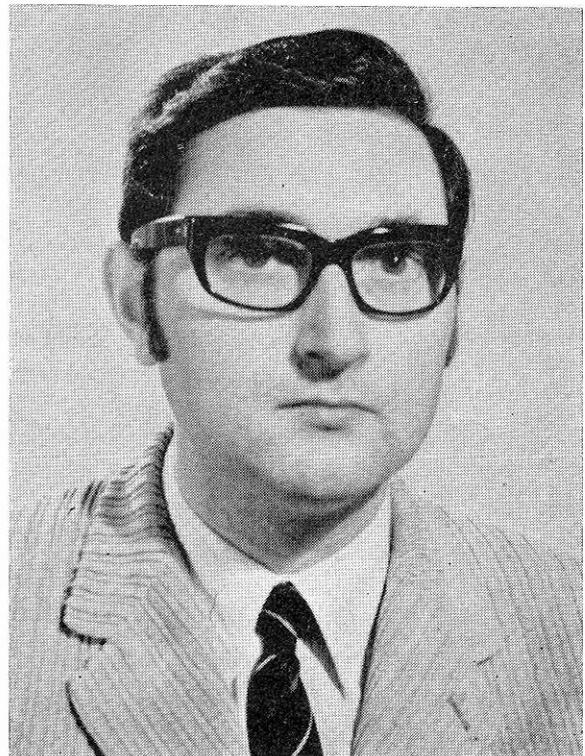
Los tres fascículos suman un total de doscientas páginas, a doble columna, distribuidas así: el fascículo 3, *en-encallar*, págs. 201-272; el fascículo 4, *encallecer-enconar*, págs. 273-340; y el 5, *encontrar-enfrascarse*, págs. 341-400. En esta forma quedan ya publicadas 400 páginas del tomo III del *Diccionario*. Como es sabido, el Instituto adoptó el sistema de publicación por entregas para poner en circulación inmediata la obra, a medida que avanza la redacción, sin esperar a que esté terminada la elaboración de un tomo para editarlo completo. Así se satisface el anhelo del público estudioso que desea contar cuanto antes con las partes redactadas de esta valiosa fuente de consulta.

Después de las dificultades y tropiezos que ha tenido la continuación del *Diccionario de construcción y régimen* y después del sensible y prematuro fallecimiento del Dr. Fernando Antonio Martínez, quien había publicado los dos primeros fascículos del tomo tercero, la obra ha vuelto a ponerse en marcha, esta vez con fundadas esperanzas de que no sufrirá nuevos estancamientos.

TERCER FASCÍCULO

El tercer cuadernillo, como puede verlo el lector por la reproducción de la portada que

aquí incluimos, es obra póstuma del Dr. Martínez y comprende desde *en* hasta *encallar*. Él había alcanzado a dejar redactadas y en pruebas de imprenta las nueve monografías que componen el fascículo. Entre ellas hay que destacar el estudio de la preposición *en*, minucioso ensayo que comprende tres grandes partes con diez capítulos en los cuales se recoge la enorme variedad de construcciones y matices de significación de esta partícula comprobados con ejemplos que pasan con mucho del millar sin contar los pertenecientes al período anteclásico que



JOSÉ ÁLVARO PORTO DAPENA

DICCIONARIO
DE
CONSTRUCCION Y REGIMEN
DE LA
LENGUA CASTELLANA

POR
R. J. CUERVO

CONTINUADO Y EDITADO
POR EL
INSTITUTO CARO Y CUERVO
CON LA COOPERACIÓN DE LA UNIÓN PANAMERICANA

REDACTOR
FERNANDO ANTONIO MARTINEZ
JEFE DEL DEPARTAMENTO DE LEXICOGRAFÍA DEL INSTITUTO

TOMO TERCERO
FASCICULO 3
en-encallar



INSTITUTO CARO Y CUERVO
BOGOTÁ 1973

necesarios para contratar los servicios técnicos de un experto lexicógrafo, gestión que culminó felizmente con la venida a Bogotá del Dr. José Álvaro Porto Dapena y su señora esposa María del Carmen Pita Freire, en el mes de julio de 1973.

El Dr. Porto es un notable profesor e investigador español, quien obtuvo su título en la Universidad de Madrid en 1972 con la tesis *El gallego hablado en la comarca de Ferrol*, ha escrito otros importantes trabajos filológicos y ha explicado por varios años "lengua española" en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Colaboró también durante cuatro años en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española en la magna empresa del *Diccionario histórico*, bajo la dirección de los doctores Rafael Lapesa Melgar y Alonso Zamora Vicente. La señora María del Carmen Pita, su esposa, fue también auxiliar técnica en el Seminario de Lexicografía.

La vinculación del Dr. Porto al Instituto se consiguió por su incorporación a la Cátedra "Antonio de Nebrija" en calidad de adjunto, y con la colaboración del Instituto Español de Emigración. La mencionada Cátedra se creó en el Instituto Caro y Cuervo en 1971 (ver *Noticias Culturales*, núms. 125 y 128), con el patrocinio de la Oficina de Educación Iberoamericana (OEI). Dentro de este programa quedaron incluidas, por convenio mutuo, las labores de continuación del *Diccionario* de Cuervo y se pudo así, en consecuencia, organizar un grupo de personas que, bajo la vigilancia inmediata de las directivas del Instituto y con la asesoría del Dr. Porto, reanudarán el interrumpido trabajo de recolección, revisión y ordenación de materiales, a la vez que fueran adquiriendo experiencia en cuestiones de lexicología y lexicografía. La nómina de auxiliares quedó constituida de la siguiente manera: la señora de Porto, quien contaba, como hemos dicho, con buena práctica en el Seminario de Lexicografía de Madrid; Antonio Forero Otero, Doctor en Filosofía y Letras y Ciencias Jurídicas; Ángel Humberto Grimaldo, Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana, egresado de un curso de especialización en el Seminario Andrés Bello, expresidente de la Universidad de Pamplona y profesor de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano; Jesús Gutenberg Bohórquez, también Licenciado de la Javeriana y egresado del Seminario Andrés Bello y con experiencia docente

sólo se ordenan cronológicamente, siguiendo la práctica de Cuervo.

REORGANIZACIÓN DEL DEPARTAMENTO
DE LEXICOGRAFÍA

A la vez que se preparaba la publicación antes mencionada, se había iniciado la reorganización del Departamento de Lexicografía que había quedado acéfalo por la muerte del Dr. Martínez. El Subdirector Académico del Instituto, Dr. Rafael Torres Quintero, fue encargado de dirigir y ejecutar los trabajos de continuación del *Diccionario*; fueron incorporados al Departamento nuevos auxiliares y se dieron los pasos

en varios colegios y universidades; Josefina Torres Noriega, Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana, diplomada del curso de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca y egresada del Seminario Andrés Bello, y Edilberto Cruz Espejo, Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad Pedagógica Nacional.

CUARTO Y QUINTO FASCÍCULOS

Desde su arribo al Instituto el profesor Porto se dedicó activamente a la organización del Departamento de Lexicografía, al estudio del método y ordenación de los legados de Cuervo y Martínez y al perfeccionamiento de los auxiliares por medio de cursos intensivos. En la operación de recolección de nuevas fichas se hizo una importante innovación como fue la de emplear, para la transcripción de ejemplos, el sistema de xerografía, que garantiza la fidelidad total a los textos y un mayor rendimiento en la acumulación de papeletas. Simultáneamente y sin pérdida de tiempo, el Dr. Porto inició la redacción del cuarto fascículo siguiendo la lista de palabras prevista por Cuervo y Martínez. Se redactaron así las 22 nuevas monografías que componen el cuaderno cuarto del tomo tercero, desde *encallecer* hasta *enconar*.

Publicado el cuarto se procedió en seguida a la redacción del quinto. El profesor Porto y su señora, vencido el primer año de su contrato, regresaron a Madrid a fines de junio de 1974, pero continuaron allí en la redacción del *Diccionario*, gracias a la prórroga del contrato concedida por la OEI para este efecto. En tal virtud el Dr. Porto prosiguió la elaboración de las monografías subsiguientes con material fotocopiado en los ficheros de Yerbabuena, complementado ahora con el rico archivo de la Real Academia Española, la cual generosamente permitió el acceso a sus ficheros, a solicitud del Instituto, con la sola condición de dejar constancia expresa en cada caso de la fuente de donde se ha tomado el ejemplo, como en efecto se ha hecho utilizando la sigla RAE, según puede verlo el lector en las páginas de la quinta entrega. Esta abarca desde el final de la monografía de *enconar*, que no alcanzó a ser incluida en su totalidad en el anterior folleto, hasta el verbo *enfrascarse*.

Este ritmo de un fascículo semestral, como es el que se ha traído en los dos últimos nú-

DICCIONARIO DE CONSTRUCCION Y REGIMEN

DE LA
LENGUA CASTELLANA

POR
R. J. CUERVO

CONTINUADO Y EDITADO

POR EL

INSTITUTO CARO Y CUERVO

CON LA COOPERACIÓN DE LA UNIÓN PANAMERICANA

REDACTOR

JOSE-ALVARO PORTO DAPENA

ADJUNTO DE LA CÁTEDRA ANTONIO DE NEBRIJA

PATROCINADA POR LA OFICINA DE EDUCACIÓN IBEROAMERICANA

TOMO TERCERO

FASCICULO 4

encallecer - enconar



INSTITUTO CARO Y CUERVO
BOGOTÁ 1974

meros, se espera poderlo mantener en lo sucesivo, y aun intensificarlo, dado que el equipo del Departamento de Lexicografía se consolida y perfecciona cada vez más y el número de papeletas necesarias para la redacción se incrementa cada día con la permanente lectura de autores que los auxiliares realizan.

Hay que mencionar también la dispendiosa labor, iniciada por el Dr. Porto y continuada por el investigador Ángel Humberto Grimaldo, con la colaboración de Jesús Gutenberg Bohórquez y Edilberto Cruz Espejo, de revisar y completar la nómina de autoridades y obras utilizadas para el *Diccionario*, tarea que se consideró indispensable en esta nueva etapa, dado que fue preciso utilizar algunas ediciones distintas a las

ENCALLECER. *v. a*) Producir callos en la piel, endurecerla o insensibilizarla (*trans.*). *a*) + «No así trató la triunfadora Roma | Las artes de la paz y de la guerra; | Antes fio las riendas del estado | A la mano robusta | Que tostó el sol y encalleció el arado.» Bello, *Agric. de la Zona Tórrida* (*Obras Completas*, I, *Poes.* p. 68). — *aa*) *Part.* «Sus dedos y sus labios | Del humo del cigarro encallecidos | Índice son de su crianza.» Jovell. *sát. 2, a Arnesto* (R. 46. 34²). × «¡Con qué voluptuosa complacencia pasaba la encallecida palma de la mano sobre el peluche de los muebles, el terciopelo de las cortinas, la seda de los tapices!» R. Castellanos, *Oficio tinieblas*, p. 168. — *β*) *Refl.* Echar callos, endurecerse. × «También acontece que el prepucio atapa la haba de suerte que no se puede descubrir por causa de alguna cicatriz o carne, que se encalleció con el mismo prepucio.» J. Frago, *Cirugía universal* (ed. 1666), p. 14. × «Otras veces suele encallecerse [el omento] y pegarse a los intestinos.» Martín Martínez, *Anatomía* (ed. 1728), p. 84. — *aa*) *Part.* × «Y así, es remedio singular contra todo apostema viejo, duro y encallecido.» Laguna, *Dioscórides*, 2. 68 (*Dicc. Aut.*). — *γ*) *Intrans.* × «La reciente herida al principio duele, y luego encallece.» J. Barrionuevo, *Avisos*, 177 (R. 222. 63²). — *b*) *Met.* Insensibilizar, endurecer moralmente. *a*) «El amable joven, que el impuro | Soplo no encalleció del vicio infame, | Al amor de la paz y las virtudes | Abra su corazón.» Gallego, *epíst.* 2 (R. 67. 412¹). — *β*) *Refl.* «Los que conservaban memoria de la correría que había verificado Albo Hacén siendo príncipe y mozo, veían representado ahora el mismo cuadro, pero con más horrores; como si con el peso de la edad y con los golpes de la fortuna se hubiera encallecido su corazón, haciéndole insensible a tantas lástimas y desventuras.» M. de la Rosa, *Is. de Solís*, 2. 44 (4. 425). — *aa*) *Part.* × «Encallecidos de esta manera el sentido común y el sentido moral, no hay para que encubrir con falsas apariencias nuestras culpables debilidades.» Selgas, *Fisonomías contemporáneas* (ed. 1889), p. 280. × «Acaso poseía un alma encallecida ya, curada de horrores.» W. Fdz. Flórez, *Fantasmas*, p. 227. — Con un compl. precedido por *en*, constituyendo la frase *Encallecido en astucia*, equivale a

Astuto, sagaz, socarrón (cfr. *Dicc. Aut. s. v. Encallecido*).

Per. antecl. Siglo XV: × «Encallecer, hazer callos: *calleo, es; obcalleo, es.*» Nebr. *Vocab.* × «Encallecerse assí mucho: *percalleo, es.*» Id. *ib.* × «Encallecido con callos: *callosus, a, um.*» Id. *ib.* × «Encallecido en astucias: *callidus, a, um.*» Id. *ib.* × «Callecer desta manera: *obcalleo; obcalleo.*» Id. *ib.* × «Callecer, hazer callos: *calleo, es; calleo, is.*» Id. *ib.* × «Se retraxo en un casado sus manos, llenas de vitorias, se encallecieron podando.» Lucena, *Vida Beata*, fol. 10 (*Dicc. Aut.*). — **Siglo XIII:** × «Quien la embuelue en los cabellos dela mugier que quier para fazela encallecer ayña.» Alfonso X, *Lapidario* (ms. 1276-79).

Etim. De *en* y *callecer*, forma arcaica hoy (cfr. *Dicc. Acad. s. v.*), que se encuentra en Nebrija (véanse ejs. del *Per. antecl.*), y derivada del lat. *callum* 'callo'. Port. y gall. *encalecer*.

Conjug. Tiene las siguientes formas irregulares: *encallezc-o; encallezc-a, as, a, amos, áis, an.*

ENCAMINAR. *v.* El sentido fundamental y literal es 'poner en camino', y, por extensión, 'dirigir', 'orientar', o 'guiar'. Las acepciones se reparten en dos grandes grupos, según que la acción verbal suponga o no un movimiento en el espacio: 1, con sentido espacial: *a*) indicar a alguien la dirección que debe seguir; *b*) llevar en una determinada dirección, *β*) encauzar las aguas, *γ*) hacer que las plantas crezcan rectas; *c*) enviar, *β*) lanzar o arrojar flechas, lanzas, piedras, etc., *γ*) dirigir palabras o escritos a una persona, *δ*) *Met.*; *d*) ir, marchar; *e*) colocar en una dirección. — 2, sin sentido espacial (*Met.*): *a*) llevar al buen camino; *b*) disponer para un fin, *ee*) *Part.*, en el sintagma *ir + bien* (o *mal*) *encaminado*; 'acertado' o 'errado' respectivamente; *β*) *Refl.*, buscar o tener una finalidad; *c*) hacer posible; *d*) deparar, proporcionar; *e*) *Refl.*, adquirir un cariz o fisonomía.

1. a) Poner en camino, indicar a alguien la dirección que debe seguir (*trans.*). *a*) Con acus. de cosa personificada. + «Avía [en Almería] atalaya, a que los latinos llamaban *espécula* ---, para mostrar y enca-

empleadas por Cuervo y sobre todo introducir ejemplos de nuevos escritores, bien porque no fueron tenidos en cuenta por los primeros redactores del *Diccionario*, bien porque, perteneciendo a la literatura del siglo XX, se han destacado como modelos de la más castiza prosa castellana.

Con esto se ha querido dar a la obra de Cuervo cierto hálito de modernidad que creemos de

acuerdo con su espíritu científico y con lo que él hubiera hecho de tocarle vivir en nuestros días. Por lo demás, método de clasificación, nomencladores, ordenación de acepciones y subacepciones, distribución en períodos históricos y aun presentación tipográfica, se han mantenido rigurosamente, salvo contadísimas excepciones que fácilmente reconocerá el lector que haya manejado la obra de Cuervo.

LAS TARDES DE YERBABUENA: LA POESÍA RESCATADA

TOMÁS MARQUEZ EN SU TORRE ASTROLÓGICA

Tuya fue, Salomón, la palabra de plata;
la que finge preciosas trompetas cristalinas
y en el cálido hechizo de su fuerza arrebatada
como un carro de fuego las ideas divinas.

Entre nubes de mirra sobre el trono escarlata,
príncipe, como un dios cansado te reclinabas
y, perla en el océano, tu espíritu recataba
la sentencia o el verso de luces diamantinas.

Mas he aquí de Belkis la caricia: te envuelve
en círculos febriles, y al filtro de su encanto
tu ciencia como fácil arcilla se disuelve...

Que a la Virtud y al Genio la plácida fatiga
de Amor rindió mil veces, y del fuerte y del santo
tus dulces brazos triunfan, ¡deliciosa enemiga!

Tomás Márquez fue, realmente, una de las personalidades más raras y complejas de que haya memoria en nuestra crónica literaria. La obra de este polemista de poderoso estilo, de este depurado poeta de tono menor, se mantiene siempre en una noble línea de decoro estético y alcanza, alguna vez, el cenit de los aciertos antológicos. La vida de Tomás Márquez transcurrió en un constante y fervoroso ejercicio de las ciencias y las letras. Su inteligencia ardió en insaciable curiosidad de cultura y de

sabiduría que sólo la muerte hubo de extinguir. Las ciencias físicas, las matemáticas puras, la filosofía, la astronomía, la crítica, la historia, nada escapaba a su heroica avidez de conocimiento. Durante largos años puso su energía espiritual al servicio del periodismo: en él realizó una brillante faena de divulgador, expositor y polemista. Su prosa viva, eficaz, nerviosa y febricitante, a veces recargada y barroca, siempre densa y conceptuosa, sostuvo memorables batallas en la política y en las letras. Todavía

se recuerda, como uno de los más memorables episodios de nuestra literatura, la vasta polémica que provocaron unos pugnaces artículos suyos firmados con el seudónimo de *Lope de Azuero*. Allí, armado de su ancha erudición y de su agudeza crítica, realizó un implacable análisis de los poetas colombianos que hacia 1920 disfrutaban de mayor renombre: Valencia, Castillo, Rivera, Rasch Isla, Abel Marín.

La poesía de Tomás Márquez merece un sitio prestigioso en las antologías colombianas. Por su tono, por su emoción, por su idioma, está en la misma seductora línea de la de Castillo, Rasch Isla, Seraville y Manuel Antonio Carvajal. Poesía de esencia, construida con los más tiernos elementos, con un limpio y dorado lenguaje. El suntuoso y recamado Soneto a Salomón, los diamantinos tercetos al amor, la diáfana invocación al Nazareno, los versos al Santo de Asís llenos de piadoso aroma legendario, están dentro de la mejor tradición del modernismo de ascendencia parnasiana y simbolista. Pero me parece que la nota más pura y hermosa de su poesía está en el breve poema *La nueva Danae* que por su gracia trovadora y petrarquesca, por su encanto nostálgico, por su arrobamiento neoplatónico y su gracia entre itálica

y provenzal, nos evoca el mundo galán, dorado, azul y melancólico del *Dolce stil nuovo*:

Danae, ¡dulce ensueño! A la torre vedada
que defiende a mi anhelo la mies de tu hermosura
vuele como un perfume mi ilusión encantada
y en un lampo del sol esta esperanza pura...
...que mi verso te cubra como lluvia de oro...

Tomás Márquez fue secretario del General Uribe Uribe. Viajó por Sur América en misión diplomática. Por un breve período ocupó la Dirección de la Biblioteca Nacional. Realizó con los misioneros capuchinos un azaroso viaje por nuestra región amazónica del cual nos ha dejado Fray Gaspar de Pinell un curioso y apasionante relato. Durante los últimos años de su vida — nuevo príncipe hamletiano de la soledad y la melancolía — se recluyó en su torre astrológica de meditación, de ensueño y de delirio. Murió en Medellín en 1940.

La obra literaria de Tomás Márquez, prosa y poesía, anda dispersada en hojas periódicas de fugaz existencia en su día y de difícil hallazgo ahora. Espera la mano fervorosa que la reúna y la sitúe en su justo lugar de vigencia y de prestigio.

EDUARDO CARRANZA.

EL PROFESOR GERMÁN DE GRANDA EN EL INSTITUTO

Como en ocasiones anteriores, el Dr. Germán de Granda, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid y eminente lingüista, vino en 1974 a Colombia con el fin de colaborar en las tareas docentes e investigativas del Instituto Caro y Cuervo.

Entre el 15 de julio y el 6 de septiembre, el profesor de Granda dictó en el Seminario Andrés Bello un ciclo de conferencias de Lexicología, como complemento al curso de Lexicología y Lexicografía iniciado y adelantado por el profesor Alvaro Porto Dapena. Los temas de dichas conferencias fueron los siguientes: la palabra, concepto y definición; el monema, lexemas y morfemas; modificaciones morfológicas de la palabra, la derivación; la locución, el proverbio, la frase proverbial, el dictum, la cita, la sinonimia y la antonimia, la homonimia y la polisemia; la definición léxica; sema, semema y

archisemema; lexía y archilexía; clasemas y virtuememas; estructura del léxico y análisis semántico: 1) base lógica — premisas de carácter sociológico (Matoré) y nocional (Trier) — y 2) base lingüística (Coseriu, Greimas, Mounim, Salvador Gregorio, Ramón Trujillo, Pottier y Rodríguez Adrados).

Al mismo tiempo el profesor de Granda, del 1º al 19 de agosto, participó en las encuestas que, para la elaboración del Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia, se llevaron a cabo en el departamento del Chocó, en las localidades de Nóvita, Cértegui y Tutunendo. Además de realizar las labores normales, recogió materiales de carácter folclórico, en particular de fórmulas orales: décimas, romances, alabaos y otros versos. También recolectó materiales de tipo léxico sobre minería tradicional del oro e hizo observaciones muy útiles e interesantes de carácter sociolingüístico.

JOSE HILARIO LOPEZ

José Hilario López, una de las grandes figuras de la historia colombiana, se distinguió por las dotes de su inteligencia, por sus manifestaciones de valentía y por su decidido amor a la libertad. Desde muy temprana edad abrazó la causa de la independencia, tomó parte activa en los acontecimientos políticos que siguieron a la emancipación y contribuyó en forma preponderante a la consolidación de las nacientes instituciones republicanas.

Como militar de acendrados merecimientos intervino en los combates de Calibío al lado del general Antonio Nariño, Juanambú, Cebollas, Tasines, el Ejido de Pasto y la Cuchilla de El Tambo, donde cayó prisionero y fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada a cambio de servir como soldado raso en el ejército español. También participó en las contiendas bélicas de Cúcuta y Apure. En 1823 fue designado jefe del estado mayor y comandante general del Cauca e hizo la campaña del Sur, en compañía del general José María Obando, contra el realista Agustín Agualongo. Con anterioridad había ejercido la jefatura civil y militar de Valencia y la comandancia general de Aragua. En 1830 obtuvo el grado de general.

El general José Hilario López ocupó la Secretaría de Guerra y Marina en las administraciones del general Santander y en la del Dr. José Ignacio de Márquez. Fue consejero de estado; representante y senador en varios congresos nacionales; diputado a las Con-

venciones de Ocaña y Rionegro; Presidente del Estado Soberano del Tolima y encargado de negocios en Roma. Del 1º de abril de 1849 al 31 de marzo de 1853 desempeñó la presidencia de la República. Durante su gobierno se llevaron a cabo importantes reformas de carácter político y social, entre otras, la relacionada con la libertad de los esclavos, la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, la libertad de imprenta y la institución del juicio por jurado. Fue, asimismo, el creador de la Comisión Corográfica.

D. Salvador Camacho Roldán nos describe de este modo la figura del prócer payanés:

Sencillo en sus costumbres y en sus maneras, afectuoso en sus relaciones domésticas, desinteresado y probo siempre, era una figura digna de representar la idea republicana. Sus talentos no eran a la verdad de primer orden ni su instrucción tan esmerada como fuera de desear en un hombre de estado, pero sí lo suficiente para el cumplimiento de sus deberes con el auxilio de sus secretarios y el consejo de sus amigos.

El general José Hilario López falleció en Campoplegre, departamento del Huila, el 27 de noviembre de 1869.

Las páginas autobiográficas que se reproducen a continuación corresponden al capítulo I de las *Memorias* del general José Hilario López, que empezó a escribir, en Roma, en 1839; concluyó el primer tomo a principios de julio de 1840 y las publicó en París, en el año de 1857.

MEMORIAS AUTOBIOGRAFICAS

Nací en la ciudad de Popayán, capital de la provincia de este nombre, el 18 de febrero de 1798. Mis ascendientes pertenecían a las primeras familias de la antigua nobleza: mi padre era oficial real de la Santa Cruzada. Desde mi nacimiento me tomó a su cargo mi abuela paterna doña Manuela Hurtado, en la consideración de ser yo el primogénito de su primogénito; y logré ser su predilecto y mimado en extremo. Mi familia no era rica, pero poseía una fortuna suficiente para vivir con decencia y desahogo. Mis padres y abuelos eran muy caritativos y generosos, y amaban mucho a sus parientes.

Mi educación primaria fue la misma que en aquellos tiempos se daba a los niños: ella consistía en aprender la doctrina cristiana, a leer y escribir, los principios de aritmética y algunos rudimentos de historia. El gobernador español don Diego A. Nieto, íntimo amigo de mi familia, me halagaba con regalos para estimular mi aprendizaje. Los directores de establecimientos de educación eran crueles e injustos en aquel tiempo, y no se reputaban buenos cuando no eran extraordinariamente severos en sus castigos. Baste decir, que por la más pequeña falta de algún alumno, se imponía una pena general a toda la clase; y esas penas

no consistían en estímulos nobles y decentes que exaltaran los sentimientos de sus discípulos sino en golpes furibundos de férula y látigo, en largas penitencias, hincados de rodillas, y en otros tormentos de la laya.

Recuerdo, con este motivo, que estando yo aprendiendo a leer y escribir donde un señor Joaquín Basto, que era el preceptor, en unión de otros muchos niños, entre los cuales se encontraban Tomás, Manuel María y Manuel José Mosquera, que hoy son el primero general de la república, el segundo ministro plenipotenciario de la Nueva Granada y el tercero arzobispo de Santafé de Bogotá, se impuso al último un castigo de los acostumbrados, y porque éste se quejaba del dolor que había experimentado, se le obligó a tomar una taza de orines, dizque para aplacarle la soberbia, en cuya escena figuraban no sólo el maestro Basto sino su mujer e hijos, que estaban igualmente autorizados para infligir penas a los alumnos.

A consecuencia de este suceso, el doctor José M. Mosquera, padre de los tres niños mencionados, los retiró de este establecimiento. ¡Felices los que hoy se educan en nuestro país, en donde, en vez de ir temblando a las escuelas como sucedía en el tiempo a que me refiero, asisten llenos de gozo y rebosando en esperanzas de aplausos y recompensas que les estimulan agradablemente en la escabrosa carrera de su educación, sin temor a los tormentos materiales que apocaban antes el talento y contristaban el espíritu, sin permitir tomar vuelo al juicio y a la capacidad! Cuando comenzó la revolución de la independencia en la Nueva Granada me encontraba yo en el colegio de Popayán, empezando a recibir los demás conocimientos que entonces se podían adquirir, los cuales consistían en la gramática latina, filosofía y teología dogmática y moral; pero yo apenas había hecho el curso de latinidad con bastante provecho; no obstante que la violenta inclinación a la caza y la perniciosa contemplación de mi abuela me distraían demasiado de mis ocupaciones literarias. Por fortuna, yo tenía bastante memoria, y esto suplía a la falta de concentración. Mi abuela pretendía que siguiese la carrera eclesiástica. Yo no amaba sino los placeres del campo, ni deseaba saber más que física y matemáticas. Poco tiempo después se despertó en mí el deseo de la gloria militar, como lo diré luego.

A fines de 1810 se instaló en Popayán la primera junta revolucionaria, aprovechando la

oportunidad del cautiverio de Fernando VII. Mi tío don Mariano Lemos, que vivía en mi propia casa, fue de los primeros corifeos, y su habitación era el club de todos los principales sujetos de la ciudad adictos a la independencia de la metrópoli. Yo allí veía algunos diarios de Madrid, y por primera vez oí el nombre de Bonaparte que, aunque citado como un monstruo del género humano, el criterio de los tertulios le daba siempre un favorable colorido, o al menos se le reputaba un héroe. Este nombre, tan ilustre por sus hazañas militares, se fijó en mi imaginación de tal manera, que en mis composiciones latinas era el principal personaje de mis discursos; y recuerdo que no encontrándolo en el diccionario, lo suplía con el calificativo *bonus, a, um*, y el sustantivo *pars, tis*, y así formaba yo mi *Bonapars*. Mi catedrático don Bernardo Valdés existe y puede hacer un recuerdo de esta circunstancia. En la conversación, que yo escuchaba atentamente, se trataba de la lucha en que debían empeñarse los independientes hasta arrojar a los españoles; se hacía cuenta de los hombres que podían ser calculados para ponerse a la cabeza del partido armado, y aun se trazaban planes de guerra. Yo recogía las palabras, observaba los gestos de los socios, advertía en sus semblantes la halagüeña esperanza de un mejor porvenir para el Nuevo Reino de Granada y para todos los habitantes de la América española. Mis parientes pertenecían casi todos al partido de los independientes: la justicia de la revolución me parecía incuestionable, y, por lo que oía decir, el triunfo de la causa de la independencia era seguro. Todo esto combinado hizo nacer en mí el deseo de ser uno de los que debían luchar contra los españoles; y desde entonces se exaltó mi imaginación con la perspectiva de la gloria. Yo era un patriota loco, e imprudente a veces.

El 28 de marzo de 1811 se dio en Palacé-Bajo la primera batalla de los independientes mandados por el general Antonio Baraya contra las tropas reales, a cuya cabeza se hallaba el gobernador de Popayán, don Miguel Tacón, y el heroico triunfo de los primeros hizo subir de punto mi entusiasmo. Yo estaba entonces en la hacienda de Antomoreno, perteneciente a mi abuela, en donde se encontraban también mis padres y muchos de mis principales parientes. La noticia del triunfo obró de tal suerte en mi espíritu, que sin licencia de mis padres (porque nunca me la habrían concedido) monté a ca-

ballo, acompañado de un criado, y a todo escape me dirigí hacia el teatro del combate, que distaba más de tres leguas: todo el camino estaba cubierto de gentes que huían llenas de terror y de soldados dispersos que seguían las huellas de su general. Uno de éstos había puesto su fusil en medio de la ruta, mientras componía una carga conducida por una mula; yo pasé por sobre el fusil que, enredado en los pies de mi caballo en la fuerza del galope, poco faltó para caer en tierra; y el soldado enfurecido, renegando contra los insurgentes (así se denominaba a los patriotas), tomó su fusil y lo descargó sobre mí; erró el tiro porque yo había ganado algún terreno afortunadamente. Yo seguí mi dirección poseído ya del orgullo de haber empezado a arrostrar peligros por la patria. Entré en la casa de Cauca, que hoy se llama Campamento, porque allí había sido el cuartel general de Tacón: tomé un fusil de los que estaban abandonados en medio de otra multitud de efectos; hice tomar otro al criado, y con una centena de cartuchos y algunas piedras de chispa, continuamos nuestra marcha y llegamos al punto deseado. Mi interés era el de conocer al general Baraya y a los demás vencedores; pero como no había en el campo una sola persona que me conociese, me contenté con examinar el terreno, ver algunos muertos que aún no habían sido sepultados, y oír algunas anécdotas de las hazañas que allí se habían verificado bajo las órdenes del nunca bien ponderado joven Atanasio Girardot, capitán de infantería, a quien tocaron los honores del reñido combate y de la victoria. Antes de la noche, ya había yo llegado a Antomoreno, en donde encontré a mis padres y parientes alarmados con mi inesperada ausencia. —¿De dónde vienes, niño, y cómo andas así en medio de tantos soldados?, fue la primera pregunta que se me hizo. —Fui a conocer el lugar de la batalla, les respondí. —¿Y esos fusiles? — Los he tomado en el campamento de los realistas. —¿Y para qué? — El uno de ellos me servirá, después de recortado, para cazar: traigo mucha pólvora y plomo. Admirados mis parientes, me hicieron multitud de preguntas, como es de inferirse, y con mis respuestas quedaron satisfechos y desarmados. Una cariñosa amonestación fue todo el castigo de mi conducta. Los fusiles se me quitaron para entregarlos al vencedor, pero se me dejaron los cartuchos y las piedras para mis divertimientos. Yo les protesté que sería obediente en lo sucesivo, pero



JOSÉ HILARIO LÓPEZ

que sentía que la guerra se hubiera acabado (tal era la idea que entonces tenía del estado de las cosas), porque de otro modo yo habría tomado parte en ella. —Pues para quitarte esas ideas de la cabeza, me dijo mi abuela, mañana mismo entrarás al colegio a continuar tus estudios dentro del claustro.

A pocos meses murió mi abuela sin haber cumplido su propósito: esta buena señora me amaba tanto que no podía consentir en la idea de que yo me separase de su lado. En consecuencia de este suceso, yo pasé a la casa de mis padres e inmediatamente se me colocó en el colegio.

La fortuna empezó a abandonar nuestras tropas que habían marchado hacia Pasto felizmente; y reanimados los realistas, se atrevieron a invadir a Popayán en hordas inmensas, pues pasaban de 3.000 hombres, aunque la mayor parte mal armados, que capitaneaba el alférez real don Antonio Tenorio; pero aunque superiores en número a los patriotas, que no contaban sino con cosa de 400 hombres, entre soldados regulares, milicianos y estudiantes, no tenían aquellos ni buenos oficiales, ni disciplina: eso era un enjambre de ilusos, cuya insignia estaba simbo-

lizada en la bandera de la religión que creían hollada, siendo su principal estímulo el botín con que se les brindaba, poniendo a su disposición las fortunas de todos los independientes. La ciudad era defendida por el coronel José María Cabal, patriota tan ilustrado como soldado valeroso. Los superiores de mi colegio y la mayor parte de los alumnos éramos patriotas, y, armados con algunas pistolas, escopetas y lanzas, y esforzados por el ejemplo del virtuoso y respetable republicano doctor Félix Restrepo, catedrático de filosofía, nos resolvimos a defendernos a todo trance. Mi arma era una pistola que me había mandado mi padre con las correspondientes municiones. Los realistas embisten la ciudad por diferentes direcciones. Las pocas tropas concentradas en la plaza principal hacen una resistencia obstinada. Los colegiales llenamos nuestro deber haciendo fuego desde las ventanas, y los realistas fueron al fin rechazados, pero permanecieron sitiando la plaza, para lo cual hicieron una línea de circunvalación.

En estas circunstancias se presentó el intrépido joven Alejandro Macaulay, nativo de los Estados Unidos, que iba recomendado por el gobierno general de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, y ofreciendo batir a los realistas si se le permitía ponerse a la cabeza de algunos veteranos y de los demás patriotas que quisiesen seguirlo, nuestros mandatarios, que eran tan desinteresados, no encontraron inconveniente para entregarle el mando en jefe; y en efecto, al día siguiente batió las hordas realistas en los tres combates de La Ladera, Puente de Cauca y Chuni. La historia debiera hacer el debido encomio de la conducta que tuvieron en estas circunstancias tantos hombres respetables que no pertenecían al ejército, como el doctor A. Arboleda, que tuvo una parte activa en estas funciones, mandando una compañía formada de los jóvenes más distinguidos de Popayán, con lo cual contribuyó de una manera eficaz a repeler a los sitiadores, ya defendiéndose en el convento de Santo Domingo, ya haciendo parte de la columna de ataque. El señor Rafael Mosquera era uno de los soldados de esa compañía. No he podido conseguir las listas de esa egregia legión, pero sigo tomando informaciones a este respecto, y, ya que historiadores de renombre han omitido en sus relatos tantos hechos memorables que blasonaron al ejército del Sur, yo procuraré con mi débil pluma bosquejar sus gloriosas acciones y hacer conocer sus nombres

de cuantas maneras me sea posible, para que si algún día hubiese un poeta que se encargase de su epopeya, pueda encontrar en mis apuntes y en otros lugares en que me sea dable escribir algunos rasgos, el hilo que lo conduzca al descubrimiento de tantas hazañas, de tantas abnegaciones, de tantas virtudes como las que distinguieron al heroico ejército del Sur. Yo era un mero espectador de estos combates; pero habiendo sido aplaudida la conducta de los que defendimos el colegio, me tocó una parte distinguida de los elogios que se nos hicieron, y por consiguiente mi amor propio fue lisonjeado; mas no era bastante esto para satisfacerme: deseaba enrolarme en las filas de los defensores de la patria, porque veía que la lucha continuaba y que el campo de la gloria apenas empezaba a despejarse. Sin embargo, no podía cumplir mi intento, porque mis padres no me lo permitían, y en tales angustias me desesperaba, me ahogaba en mis deseos sin una próxima esperanza de realizarlos.

Nuevos acontecimientos funestos a las armas independientes con la traición que se hizo en Pasto al presidente Caicedo y al valeroso Macaulay, consternaron a los habitantes de Popayán y obligaron a su guarnición a retirarse al otro lado del río Ovejas, llevando en su séquito a los sujetos más comprometidos y que tenían que temer de los realistas. Mi padre no pudo emigrar por hallarse enfermo; pero yo seguí la suerte de algunos patriotas que se dirigieron a Puracé, con la esperanza de salvarse hacia la provincia de Neiva por el camino del Isno. Entre ellos iba el señor Felipe Largacha, oficial de las antiguas milicias, que aún sobrevive. Excusado es decir que tomé esta resolución sin el consentimiento de mis padres, quienes no me lo habrían dado en ningún caso. Armados de algunas escopetas y pistolas para defendernos en caso de agresión, nos encontramos en Puracé, muy confiados, sin tomar precauciones sobre los caminos que conducen de Popayán, cuando una madrugada nos hallamos sitiados repentinamente e intimados de rendirnos a discreción al famoso guerrillero Simón Muñoz. Prudencia era que una docena de personas en una pequeña casa de paja, rodeada por 60 bandoleros, se sometiese a su voluntad. Yo fui despojado de una pistola y conducido prisionero a Popayán; pero en consideración a mi tierna edad fui entregado a mi padre por el mismo Muñoz. La bondad de mi padre era tal, que sólo recibí una cariñosa

represión y algunos consejos saludables. Sin embargo, me prohibió la salida a la calle.

A pocos días murió mi citado padre: mi madre perdió desde el momento el juicio, que nunca volvió a recobrar: el tutor y curador que se nombró a mi madre y a sus seis hijos menores, no administraba los bienes testamentales sino en su propio provecho, haciéndonos carcer aun de lo más necesario. Yo quise hacer llegar mis clamores hasta los oídos del juez de la causa mortuoria, dirigiendo una representación redactada y firmada por mí cuando apenas contaba 13 años de edad, representación que corre en los autos de la mortuoria de mi abuela paterna, y que es el primer documento público en que figura mi firma; pero mi tutor antagonista, que era uno de mis parientes, tenía más influjo y valimiento que yo y, por consiguiente, poco pude obtener del juzgado. Mi posición era violenta, y ella acabó de formar mi resolución de abrazar la carrera de las armas en las

filas de las tropas independientes, hasta entonces acampadas en la ribera derecha del río Ovejas. Mas no teniendo recursos de ningún género, ni conocimiento del camino que conducía a ese campo, debí resignarme a esperar mejor ocasión, y, entre tanto, resolví tomar alguna ocupación, pues el colegio estaba cerrado. Entré de aprendiz de herrero bajo la dirección del maestro Joaquín Ramos, ganándole de uno a uno y medio reales diarios en el ejercicio de trabajos duros y superiores a mis fuerzas. Mi hermano Laureano siguió mi ejemplo, y con nuestros medianos jornales podíamos ayudar a la subsistencia de nuestros tiernos hermanos y de nuestra desvalida madre, durante algunos meses. Pundonoroso como el que más, yo preferí el ímprobo trabajo de aprendiz de herrero a la necesidad de mendigar un pan para no morir de hambre ni dejar morir a mi madre y hermanos.

JARDIN DE CANDIDO

En mi último artículo volví a hablar de los institutos, para decir de ellos lo que se merecen. Son muy pocos los que cumplen a cabalidad la misión para que fueron creados; y entre los que la cumplen superabundantemente, está el Instituto Caro y Cuervo. Tal vez por razón de que no fue pensado, hace unos treinta y cinco años, con intención de instituto descentralizado, sino con la de simple instituto, ha logrado desarrollarse armónicamente y vivir vida plena y fecunda. Esta institución fue creada, bajo el insigne gobierno del doctor Santos, por especial empeño clarividente del ministro de Educación, Jorge Eliécer Gaitán, como sede de altos estudios; y en sus primeros años fue regido por esa cumbre de la sabiduría humanística que fue el sabio español Urbano González de la Calle. Más tarde, se hizo cargo de él, un hombre nuestro, de la cepa de la montaña antioqueña, el sabio padre jesuíta Félix Restrepo; y otro tiempo después tuvo la extraordinaria fortuna de caer, o de ascender, en manos de otro sabio aún, el entonces muy joven José Manuel Rivas Sacconi, quien de lustros atrás lo viene presidiendo.

A Rivas Sacconi le vienen las letras de muy atrás, por todas las líneas de su sangre paterna. Igual distinción espiritual le llega por parte de su madre, la condesa Sacconi, cuya patricia familia, muy hondamente vinculada a la nobleza negra de Roma, tuvo el honor de conocer de cerca en mi temprana juventud, cuando José Manuel era muy niño. El estudió en Roma, en tiempos en que para obtener el grado de bachiller en Italia, se necesitaba haber cursado nueve años de latín y varios de griego, y fue alumno bri-

llantísimo. Vino después a Bogotá, en donde cursó a un tiempo las carreras de derecho y de filosofía y letras; regresó a Italia a seguir estudiando humanidades; y, desde su vuelta a la patria, se vinculó al Instituto Caro y Cuervo, del cual es Director, y a la Academia de la Lengua, de la cual es secretario perpetuo.

Su labor ha sido magna, al continuar y ampliar los intereses intelectuales del Instituto, que habían puesto en marcha sus antecesores. Allí se ha reunido una estupenda biblioteca de filología, literatura universal y literatura e historia colombianas; allí se publican con regularidad matemática, revistas de altos estudios y de divulgación; allí se ha formado un cuerpo de eruditos e investigadores que haría honor a cualquier universidad europea; desde allí se bombardea, es la palabra más descriptiva, a todas las instituciones cultas del mundo con una serie de libros, acaso uno por semana, repartidos en varias series, que son de interés científico o literario de primer orden, y que llevan a todos los centros humanísticos de la tierra una imagen de la vida intelectual colombiana; allí se celebran cursos, conferencias, seminarios internacionales continuamente. Imposible seguir. No puede una institución llevar una vida más intensa. Últimamente, el Instituto compró y restauró estupendamente, la vieja casa del presidente Rufino Cuervo, el repúblico que amó y reverenció a Santander, casa en donde nació el filólogo Rufino. A esta casa iba a referirme, pero el prólogo no me ha dejado.

JUAN LOZANO Y LOZANO.

En *El Tiempo*, Bogotá, 9 de diciembre de 1974.

ADIOS A LA ELOCUENCIA

ESCRIBE VICENTE PÉREZ SILVA

Poco a poco se han ido apagando entre nosotros las notas vibrantes de la elocuencia; las notas vibrantes de aquella elocuencia que conmueve, que enseña, que convence y que deleita. Día tras día se ha ido perdiendo el sentido de la verdadera elocuencia y el papel del orador, en otras épocas fecundo, se reduce a esferas intrascendentes, casi insignificantes. El imperio del diálogo y de la vocinglería sustituye al poder y la fuerza de la elocuencia. El afecto y la pasión por la elocuencia del verbo languidecen. El soplo de la elocuencia, el soplo huracanado de la grande elocuencia ya no hace temblar el capitolio ni las columnas del templo; ya no anima los recintos del foro, no estremece los estrados académicos, ni aviva el fuego de las muchedumbres en la plaza pública.

Y poco a poco se han ido acallando entre nosotros las voces de los grandes tribunos que en sus momentos estelares realizaron el prodigio sin par de la elocuencia. Ya no se escuchan las voces sonoras de aquellos escogidos que fueron la encarnación del genio oratorio de la raza colombiana y que estremecieron muchas veces los ámbitos de la patria.

Desde remotos tiempos el florecimiento de la elocuencia ha sido tradicional en nuestro medio. En las jornadas de la Conquista el Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada se valió de la palabra para arengar a sus tropas y para atraer a los moradores indígenas, como se aprecia en las elegantes oraciones del fundador de Bogotá que inserta en las páginas de su Historia D. Lucas Fernández Piedrahíta. En los albores de nuestra emancipación resplandeció la expresión tribunicia de Acevedo y Gómez, justamente llamado el "tribuno del pueblo"; y luego, entre el fragor de las batallas, retumbaron las arengas y proclamas de los libertadores. Parece que en ellas, lo ha dicho alguien, se escucha el toque del clarín, el relinchar de los rápidos corceles de los guerreros, los estampidos del cañón y el intermitente repiqueteo de la fusilería.

Hace ya largos años se abrieron los labios grandilocuentes de Julio Arboleda y Diógenes Arrieta, de Carlos Holguín y José María Rojas Garrido. Han dicho quienes conocieron a Rojas Garrido que el encanto de su palabra era irresistible; que cuando subía a la tribuna se verificaba en él una transformación, y que las multitudes quedaban suspensas de sus labios como en súbito éxtasis. Después se escucharon las cláusulas demoleadoras y las réplicas contundentes de D. Miguel Antonio Caro, de quien está escrito que difícilmente se puede superar o siquiera llegar a las regiones a que se elevó el traductor de Virgilio.

En épocas no muy lejanas descollaron y embelesaron las voces elocuentes de Carlos Cortés Lee y Rafael María Carrasquilla, de José Vicente Concha y José Manuel Saavedra Galindo, de Guillermo Valencia y Antonio José Restrepo, de Laureano Gómez y Gabriel Turbay, de Gonzalo Restrepo Jaramillo y Luis

López de Mesa, de Manuel Serrano Blanco y Carlos Lozano y Lozano, de Gilberto Alzate Avendaño y Jorge Elécer Gaitán. Voces diáfanas, voces llenas de elocuencia que conmovieron, sacudieron y arrebataron tantos auditorios.

Ayer se silenció el arpegio embrujador de Los Leopardos, aquel coro de predestinados del verbo que derrocharon verdaderos caudales de elocuencia. Primero, en plena juventud, se fue José Camacho Carreño, clásico, brillante e impetuoso. Más tarde le siguieron Silvio Villegas y Augusto Ramírez Moreno.

Ahora se acaba de apagar la voz iluminada de Carlos Arango Vélez, el gran adalid de un nacionalismo político que ascendió en el difícil arte de la palabra, el gran caudillo que puso en tensión eléctrica a grandes multitudes, el gran parlamentario de cuya estampa consular tiene nostalgia el capitolio; en fin, el gran orador que en las duras batallas de la democracia supo conquistar con el poder avasallador de su elocuencia.

La pluma de Juan Lozano y Lozano, uno de sus contemporáneos, nos describe de este modo la figura bizarra y las virtudes de tan eminente estadista, diplomático y candidato a la presidencia de la República para el período constitucional de 1942 a 1946:

« Todo en Arango Vélez es atrayente y apasionante. Hay que conocerlo en su vida íntima para apreciar la grandeza de su corazón, la largueza de su mano, su capacidad de deber y de ternura familiares y amistosas, su rectitud inquebrantable, su inteligencia multifásica y coruscante, su imaginación poderosa, su desinterés extraterreno, su hondo sentimiento del arte y de la belleza, su sensibilidad religiosa, su amor al pueblo de los humillados y ofendidos, su noción del honor y la hidalguía, su comprensión de la actitud extraña y su simpatía con el dolor y la desgracia ajenos. Carlos Arango es una joya en hombres. Hasta su misma figura corporal es subyugante, por su varonil prestancia de caudillo ».

Sin embargo, a todas las prendas de que hizo gala su recia personalidad es preciso agregarle la virtud excepcional de la elocuencia, « una de las flores más bellas con que se adornan los superhombres », al decir maravilloso de Federico Nietzsche.

Cuando apenas despuntaba nuestra juventud tuvimos oportunidad de escuchar a Carlos Arango Vélez. Jamás podremos olvidar el discurso que pronunció en una de sus campañas políticas. Fue una improvisación candente, vigorosa y enérgica.

En el armonioso concierto de nuestra elocuencia, Arango Vélez, como pocos, pudo usarse de tan esquivo atributo de la naturaleza. En una de sus resonantes intervenciones oratorias exclamó con la fuerza y espontaneidad de su íntimo convencimiento: « yo soy el ave de tormenta ». Ciertamente, de Carlos Arango Vélez se puede decir que fue de aquellos hombres extraordinarios que se complacen en desafiar las más

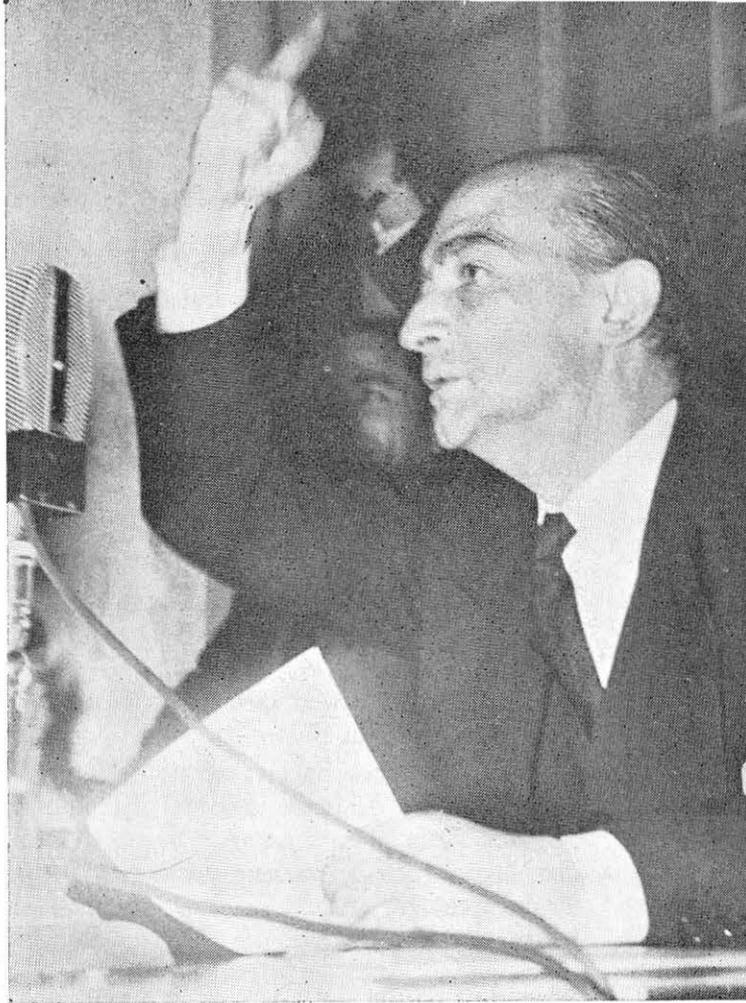
terribles iras y respiran mejor cuando se desatan las grandes tempestades.

Arango Vélez dominó con suma destreza la oratoria política, la oratoria académica y la oratoria forense. De esta última se recuerda su célebre intervención en los históricos cuarteles de San Agustín, en Bogotá, cuando hizo la defensa, hombro a hombro con José Camacho Carreño, de un militar a quien se acusaba de haber desertado del ejército durante el conflicto colombo-peruano de Leticia. En esa ocasión, nos refería un testigo auricular abonadísimo, a la inversa del Quijote en el rebuzno a competencia, se escuchó música marcial a competencia.

Entre las páginas oratorias de Arango Vélez recordamos las siguientes: Oración por la democracia; el discurso pronunciado en Andes (Antioquia) con motivo de la inauguración del monumento del Indio Uribe; la conferencia De una visión del siglo XIII a la realidad del siglo XX, una hermosa parábola de Dante Alighieri; y Juárez, gloria continental, discurso pronunciado en el Recinto de Homenaje a don Benito Juárez, en el Palacio Nacional de México, el 20 de julio de 1964. Es memorable, asimismo, su discurso de posesión en la Academia Colombiana de la Lengua, pronunciado el 19 de octubre de 1961, sobre el tema Apostillas de un estudiante de jurisprudencia al acta fundamental de la Academia Colombiana.

Con Carlos Arango Vélez, verdadero artífice del verbo, se ha ido una de las notas más altas y expresivas de la oratoria colombiana.

Como homenaje a tan ilustre tribuno y para perpetuar la memoria de su elocuencia, hemos creído oportuno evocar la magna oración que pronunció en el Cementerio Central de Bogotá ante el cadáver de D. Marco Fidel Suárez, el 4 de abril de 1927.



CARLOS ARANGO VÉLEZ

EL NOMBRE DE SUAREZ EN EL CIELO AZUL DE COLOMBIA

Yo no vengo a hacer el elogio de Marco Fidel Suárez.

El elogio magnífico, arquitectónico, de la prosa más pura de toda Hispania, del estilo más alto y severo, de la erudición más asombrosa que haya producido la América en los últimos tiempos, corresponde a las academias.

El elogio del estadista que soñó la armonía boliviana, que solucionó para su república los conflictos del norte y del sur, que dio principio a la solución de todos los otros conflictos, corresponde a las gentes de la historia y del derecho internacional.

El elogio del hábil político corresponde a sus compañeros de lucha, a los calificados após-

toles de la más rancia tradición conservadora de nuestro país, a los que a él principalmente son deudores del predominio del principio de autoridad sobre las normas amplísimas de la libertad, del predominio del pasado sobre el futuro.

El elogio del hombre religioso, del sereno creyente en todos los dogmas, del propagandista infatigable de las leyes de Roma, corresponde al cenobio y a la sagrada tribuna. ¡Ah, el púlpito ilustre de nuestra basílica, de donde han de irradiar una vez más — con motivo de Suárez — luminosas y ardientes como el fuego del Espíritu Santo, las cláusulas soberbias de Rafael María Carrasquilla!

No. Yo no vengo a hacer el elogio de este último grande de Colombia.

Yo traigo a esta necrópolis solamente la palabra del pueblo y la palabra de la justicia. Hablo en nombre de la corporación en donde Marco Fidel Suárez fue vilipendiado, y en donde — luego — alcanzó su reparación. Desde este umbral de la eternidad, dilatando la voz para que llegue a la sombra tupida en donde cada nuevo desencarnado espera, impaciente, la visita de un ángel, la cámara de representantes de Colombia avisa por mi boca al gran perseguido que el laurel y el ramo de olivas han sido colocados sobre su túmulo; que la patria que él amó no le es ingrata; que pasada la racha de tempestad, el viento de suburbio que le envolvió como en un miasma, el polvo ha vuelto al polvo, y — purificado por el dolor — su alto nombre torna a brillar con los más brillantes en el cielo azul de Colombia.

Y así me place hablar: no ya del eminentísimo hombre de letras, sino del inocente angustiado de la cámara popular; no ya del estadista insigne y certero, sino del perseguido de los místicos revolucionarios; no ya del sagaz político a quien las ideas que venero sólo deben persecuciones, sino del presidente calumniado; no ya del altivo apóstol de la religión y del dogma, sino del ciudadano a quien envolverán la perfidia y el odio.

Es que la ofrenda, para que sea grata, ha de ser sincera. Para que sea generosa, ha de consistir en aquello que cada uno tenga de más suyo, de más propio, de más íntimamente ligado a sus nervios y teñido con la sangre de su corazón.

Y mi ofrenda al saliente hombre de partido, al teólogo helado y al ortodoxo intransigente, no sería, no, sincera. Y mi ofrenda al procer literato, al poseedor de los castellanos secretos que guiaron en la cárcel la mano enjuta de Miguel de Cervantes; al buscador afortunado de las fuentes arábigas; al gran señor de las bellezas griegas y latinas, que así paseó su espíritu bajo los arquitecotas del Partenón como bajo los pórticos de la casa de Augusto, que así conoció a Homero y a Sófocles, a Platón y a san Juan Crisóstomo, como a Virgilio y a Horacio y a Ovidio y a Cicerón; al último apasionado de la edad de los feudos, que en las melancólicas tardes de su demora santafereña entretenía su estética y suavizaba su corazón diciendo a Jesús todo el sentimiento del *Dies irae*,

a la Virgen María todo el sentimiento del *Stabat Mater*; al que se sentó con el Tasso bajo los pinos del Janículo; al que acompañó al Alighieri por el *lung'Arno* y el puente Vecchio; al que al través del tiempo y del espacio departía con Shakespeare, con Racine, con Wolfgang Goethe; mi ofrenda al maestro, al conocedor profundísimo de las literaturas de todas las épocas, podría ser cosa mía, pero no sería lo más mío.

La ofrenda realmente mía, lo que yo tomo de mi sinceridad perfecta, de mi carácter, de mi idiosincracia, de mis nervios y de mis venas, para entregarlo como un póstumo don al despojo mortal de Marco Fidel Suárez, es la palabra consoladora de la justicia, y es la palabra desgarrada del pueblo. La palabra consoladora de la justicia, que él no alcanzó completa mientras vivió. La palabra desgarrada del pueblo, del gran pueblo de Colombia, de cuyo *humus* más humilde brotó él como una chispa que no esperara; como una chispa milagrosa llamada a ser alternativamente, en el decurso de los lustros, faro y antorcha, estrella de la mañana y sol candente, que, aun en la adversidad de las nubes, aun al tocar la frente de la noche, no dejó nunca de ser majestuoso, no dejó nunca de ser luminoso, no dejó nunca de ser puro.

Bendito sea el vientre de la privilegiada que recibió la carne y el espíritu del más alto exponente de su raza. Bendito sea el seno de la madre que fue nodriza. Benditos sean los ojos que le miraron con amor en la cuna sin linos y sin sedas, bajo el techo pajizo de la estambergá. Benditos sean los labios que le besaron en la frente, futuro asilo del pasado, del presente y de lo que vendrá, laurel que atraerá el rayo, cima encumbrada en donde posarán y reposarán las águilas audaces del pensamiento de la patria. Benditas sean las manos que trabajaron para el hijo misérrimo. A ella, a la dulce « abejita dorada », a la desposeída, a la dolorosa, vaya el respeto, vaya también el amor y la veneración de Colombia.

Ved cómo es bella la democracia. Ved cómo es generosa la libertad. Henos aquí reunidos de presente todos los bogotanos, reunidos en espíritu todos los colombianos, alrededor del catafalco que sostiene, como una reliquia, el macerado cuerpo del humildísimo.

Viéndose a la presencia de embajadas soberbias, en el más alto puesto de la república, don Marco Fidel Suárez recordaba al salmista: « El

Señor es el que levanta de la tierra al necesitado y de la basura al pobre, para colocarlo con los magnates de los pueblos ».

Obra el Señor el milagro para el creyente, sin duda alguna. Pero ante los ojos de todos sueña el milagro la democracia, y lo realiza la libertad.

Ah, que si alguno me recordara que Marco Fidel Suárez no pensaba lo mismo que yo; que si sus oídos mortales pudieran oírme, si su lengua mortal pudiera responderme, desvanecería sutilmente, rotundamente, mi elogio supremo del *demos* y de las instituciones libres, a ese tal yo diría que Marco Fidel Suárez hubiera guardado silencio ante el ejemplo fecundísimo de su propia existencia. Porque él vio la luz en el seno mismo del *demos*, y el primer aire que hinchó sus pulmones fue el aire puro de la libertad colombiana. Porque por virtud inmanente de la democracia y de la libertad pudo él volar de cumbre en cumbre por la cara extensión de nuestra república. Porque si hoy baja al sepulcro lleno de méritos, querido y reverenciado para todas las épocas, ello se debe al Señor, pero también a la libertad y a la democracia. El Señor le hizo a él; pero la libertad y la democracia reconocieron que la obra del Señor era buena.

Tenga el varón epónimo la justicia, tenga la paz y el agradecimiento del pueblo.

Ni cosa otra alguna debería yo agregar para el estricto cumplimiento del mandato con que me ha honrado la cámara de representantes. Mas no sé qué categórico imperativo, no sé qué demonio interior todavía me sugiere una palabra para Colombia.

Obligando a los pueblos a memorar las diversas etapas de su existencia, a analizarlas y valorarlas, poniéndolas en relación con los hechos externos en que han influido, con las circunstancias que los han determinado, con las consecuencias colectivas concretas a que han conducido sus sentimientos y sus ideas, la desaparición de los grandes hombres trae siempre una enseñanza y casi siempre una admonición.

Una enseñanza y una admonición creo yo descubrir en la parábola recorrida por el pensamiento internacional de Marco Fidel Suárez en los últimos años de su vida. Y no puedo callármelas. Las cosas que interesan al solar de la patria deben ser dichas en el momento más oportuno. ¿Y qué mayor oportunidad que esta solemnísimamente para tomar de la mano del prócer

el fanal de la sana prudencia y el ideal de la soberanía del espíritu, extremos de perfección a que solo llegara tras dura prueba y tras dolorosa experiencia?

El estadista seducido por la « estrella polar », nada tiene que ver con el escritor que ya no quería préstamos del norte. El gobernante ilustre a quien fascinaron los millones del Istmo y del petróleo, es ajeno al sentir del ciudadano espiritualizado que dialogaba con los muertos sobre las más puras cosas del alma de los hombres y de los pueblos. En el último lustro, Marco Fidel Suárez pasó volando — sin expresamente decirlo — del sueño de Norteamérica al sueño fecundo de un nacionalismo integral; del sueño de la materia al altísimo sueño del espíritu. Hasta el extremo claro de que el mismo vocero inteligentísimo del arreglo en metálico con las gentes del Hudson, trocose en profeta terrible de los males que trae el río de los dólares. Hasta el extremo edificante de que el panegirista de la máquina, de la riqueza positiva, del riel a toda costa y de la hélice a toda costa, en presencia del peculado y de la traición — vías de esclavitud — clamó en seguida por la prudencia, y alegó en encendidos panfletos la victoria del ideal sobre todas las cosas.

Y esa fue la última enseñanza. Y esa fue su última admonición. Los pueblos débiles deben hacerse fuertes no con el oro, o no principalmente con el oro, pero con la justicia, con su derecho a ser libres, y procurando que su derecho a la libertad sea siempre fruto de la justicia.

« Y no los grandes piensen — decía el anciano benemérito conversando — que se halla en absoluto desamparado el frágil derecho de las pequeñas nacionalidades. De ninguna manera ».

Sin cañones, sin acorazados, sin fortalezas, también sin alianzas, cuentan ellas en todo momento con la defensa espiritual de los hombres.

Que no es ni con mucho defensa inútil. Ni cosa que dé gloria, pero no libertad; que alimente la simpatía, pero que respete la servidumbre.

No. Digan lo que quieran los locos del dólar, de las desconcertantes esclusas y de los rasca-cielos monstruosos, es el espíritu de los hombres, es el soplo divino que vaga luminoso por las esferas, el ampo extendido del ideal, es la justicia que rige en definitiva el vuelo del mundo por el tiempo, la sibila de Cumas que ante toda

violencia anuncia segura el despertar del oprimido y el ocaso del César.

Sin cañones, sin acorazados, sin fortalezas, también sin alianzas, acaba de nacer de sus cenizas, como el fénix del sueño, la Polonia del porvenir. Y ella vio derrumbarse en los hielos del norte, en los hierros del occidente, en las opulencias austriacas, todas las torres de todos los palacios imperiales que durante lustros de lustros velaron su muerte con hierático gesto de eternidad.

Es que Polonia muerta estaba viva en el corazón de los hombres. Es que su tierra sacrificada fue repartida, pero su cielo no. En Posen, en Cracovia, y en Varsovia vigilaron las calles y los caminos los gendarmes de afuera: pero el cielo fue siempre de Polonia. Y no hubo noche del vencimiento en que bajo las estrellas no pasaran, en hálitos insomnes de promesa, el alma serenísima de la justicia inmanente, la moral de los pueblos y el inmortal espíritu de la nacionalidad desaparecida.

Guéenos ese ejemplo. Ilústrenos esa historia. Ni permitamos que se cierre la tumba de quien ya sentía en su propia alma el rumor de la tempestad sin haber prometido la prudencia ante el oro extraño; sin haber puesto el corazón de la patria en el segundo platillo de la balanza, hoy lleno de monedas, como el primero; sin haber jurado amor a la justicia, a la libertad y

a la independencia, antes que a todo lo demás.

Es dulce creer en la dulzura de la muerte de los hombres.

Yo siempre he creído en ella.

No puedo imaginar la *selva selvaggia* o el vórtice oscurísimo entreabriéndose ante los ojos de los que se van de nuestras lágrimas y de nuestro dolor.

Sea para nuestra consolación el pensar y saber que este varón óptimo, que conoció todas las pesadumbres y superó todas las adversidades, alcanzó la definitiva serenidad todavía antes del solemne instante del tránsito. Vigilaron su bello crepúsculo cándidos rostros de desencarnados que él había conocido en otro tiempo. Voces y viejas sombras familiares que él no había olvidado. Espíritus amigos que aguardaban discretos, en la penumbra, como para darle la bienvenida. Mensajeros celestes que un momento después debían guiarle por las rutas abiertas y azules, por los ilimites espacios en donde sólo reinan la pureza y la luz inefable. Más allá del mundo, más allá del oro y más allá de la carne.

Y así se fue a vivir su último sueño don Marco Fidel Suárez. El solo sueño que no escribiera: el sueño de la muerte.

CARLOS ARANGO VÉLEZ.

LA SELVA EN LA NOVELA

Vuelvo a referirme a las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Esta vez se trata del tomo XXIX, *La novela de la selva hispanoamericana* (nacimiento, desarrollo y transformación), estudio estilístico de Lydia de León Hazera. En este denso libro la autora, con gran conocimiento y pericia, analiza las más importantes obras de Hispanoamérica con tema selvático: *María* de Isaacs; *Cumandá*, de Juan León Mera; *De Bogotá al Atlántico*, de S. Pérez Triana; *Green mansions*, de W. H. Hudson; *The sea and the jungle*, de H. Major Tomlinson; *Infierno verde*, de Alberto Rangel; *La venganza del cóndor*, de V. García Calderón; *Cuentos de la selva* y *Anaconda* de H. Quiroga; *La Vorágine*, de Rivera; *Toá*, de Uribe Piedrahita; *Canaima*, de Gallegos; *La serpiente de oro*, de Ciro Alegría; *Llanura, soledad y viento*, de M. González Martínez; *Los pasos perdidos*, de Carpentier, y *La casa verde*, de Vargas Llosa.

La sola enunciación de las obras analizadas alrededor del tema central de libro de Lydia de León, nos da una idea aproximada de lo que significa su trabajo. No creo

que sea posible elaborar un estudio crítico en adelante, en el que se aborde la temática citada, sin volver los ojos detenidamente al suyo.

Como en una novela a su vez, la señora de León Hazera nos va llevando de la mano por el laberinto casi impenetrable de la literatura de nuestros escritores en relación con la selva, iniciando el viaje con el paradisiaco paisaje de *María* hasta dejarnos casi desamparados en medio de los bosques encantados y alucinantes del Amazonas.

Por esas páginas vertiginosas como las propias aventuras de los héroes Arturo Cova, José Cordulo, Juan Brown, el capitán González, Antonio de Orrantía o Marcos Vargas, pasan ráfagas de viento, aventuras sombrías, caucheros explotados, boas, tigres, paisajes crepusculares, bosques mágicos. Todo ello confundiendo con los protagonistas y con los autores para darnos al final un balance de la novela de la selva en nuestros países.

ÓSCAR ECHEVERRI MEJÍA.

LA NOVELA COLOMBIANA EN EL CONTEXTO AMERICANO

Con este título, el Dr. John S. Brushwood, eminente investigador de la literatura hispanoamericana y profesor de la misma materia en el Departamento de Español de la Universidad de Kansas, dictó una serie de cuatro conferencias a los alumnos del Seminario Andrés Bello, en la primera semana del mes de agosto de 1974.

El doctor Brushwood, aprovechando su amplia documentación personal y en un interesante esfuerzo de síntesis, presentó la novela colombiana contemporánea, en el panorama narrativo hispanoamericano del siglo actual.

Su análisis se basó esencialmente en dos ideas, tan importantes como poco difundidas. Más que un conflicto entre civilización y barbarie, la evaluación de *La vorágine*, *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*, muestra inequívocamente una relación hombre-tierra. Esta relación, que viene a ser el eje motriz de la acción novelesca, adopta, a su vez, dos modalidades: puede ser de carácter bucólico, como ocurre en *Don Segundo Sombra*, o heroico y bucólico, como en *La vorágine*.

El otro aspecto se refiere a la oposición entre esta novela y la modernista, en la que el protagonista, como en *Sangre patricia* de Manuel Díaz Rodríguez, se ve limitado por la ciudad, alejado del campo, en decadencia y cuya única salvación es su propia destrucción.

En *Don Segundo Sombra* aparecen dos tonos narrativos, uno encarnado en Fabio Cáceres, el hombre que Güiraldes saca de la ciudad para llevarlo al campo, a la tierra; y el segundo, representado por Don Segundo Sombra e inventado por Cáceres, imagen idealizada del campesino. Esta situación es diferente de la expuesta dos años antes por Rivera en *La vorágine*, donde Cova, el protagonista, se convierte en anti-héroe, al encarnar la doble modalidad, heroica y bucólica, de la relación entre el hombre y la tierra.

En *Doña Bárbara* aparece un elemento más: el ruido, entendido como actitud simbolizada por la hacienda que así se llama. Cuando Doña Bárbara y "El Ruido" desaparecen, Santos Lusardo entra en relación directa y fructífera con la tierra.

Frente a esta novela nuevomundista existe una novela vanguardista, cuya ascendencia encontramos en Joyce y Proust, que mediante técnicas novedosas (monólogo interior, efectos visuales, etcétera)

busca expresar una realidad cosmopolita como *La casa de cartón*, de Martín Adán, *El habitante y su esperanza*, de Pablo Neruda, y otras obras de Gilberto Owen, J. Torres Bodet y Eduardo Mallea, consideradas como el antecedente inmediato de la actual novelística hispanoamericana.

Posteriormente, el profesor Brushwood hizo una rápida caracterización de la novela en las décadas del 30 y 40. Mostró cómo la relación hombre-tierra desaparece y surge una novela de tendencia social que podría calificarse de proletaria, dostoevskiana, donde la lucha social se desenvuelve a nivel psicológico e individual, diferente a la novela proletaria marxista, donde la lucha se presenta entre las clases sociales. Dio como ejemplos de la primera *Una casa de vecindad*, *La cosecha*, *El criminal*, de J. A. Osorio Lizarazo; y de la segunda, *Tierra*, de Gregorio López y Fuentes, y, por extensión, *El luto humano*, de José Revueltas, y *Huasipungo*, de Jorge Icaza.

Igualmente hizo referencia a la novela cosmopolita o existencial de Roberto Arlt, Torres Bodet, Eduardo Mallea, M. A. Asturias, Alejo Carpentier, César Uribe Piedrahita y B. Arias Trujillo.

En su última conferencia, el profesor Brushwood señaló seis categorías o factores de la novela publicada a partir de 1950, incluidos los autores del boom de la década del sesenta. Examinó como regionalismo trascendente el carácter de esta novelística, a la cual se llega mediante la utilización de las técnicas modernas y el abandono del exclusivismo nacionalista. En este movimiento se pueden ubicar las obras de Juan Rulfo, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Asturias y Benedetti.

Encontramos también como factor preponderante la angustia que sobrecoge al hombre contemporáneo como individuo atrapado en una red de múltiples y pequeños detalles. Esto ocurre en algunas novelas de S. Garmendia, E. Sábato, Sergio Galindo y Clemente Airó.

En otra categoría aparece la novela que busca la participación del lector en el trabajo de comprensión y entendimiento de la obra, como ocurre en *Rayuela* de J. Cortázar.

Existe también un procedimiento narrativo en que el autor observa desde afuera el acto de hacer la novela. Esto sucede en *Cambio de piel*, *El hipogeo secreto* y *El buen salvaje*.

La novela de la onda es importante desde el punto de vista lingüístico. Simboliza una rebelión juvenil que no llega a la denuncia, pero que expresa una inconformidad con los valores existentes. El ejemplo más claro es el de algunos escritores jóvenes mexicanos como José Agustín.

Para cerrar el ciclo, el profesor Brushwood se refirió a algunos novelistas colombianos del presente, tales como Zapata Olivella, Caballero Calderón, Fanny Buitrago, Mejía Vallejo, Cepeda Samudio y Alvarez Gardeazábal.

ISAÍAS PEÑA GUTIÉRREZ.

ALGO SOBRE EL LIBRO Y EL LIBRERO

De modo genérico, el libro moderno puede definirse como el conjunto de muchas hojas de papel, pergamino, etc., manuscritas o impresas, cosidas y encuadernadas, que forman un volumen. Antiguamente se utilizaron diversas materias para escribir sobre ellas: tabletas de cera, ladrillos de barro crudo y cocido, maderas, metales, etc. Pero las de mayor uso y difusión fueron el papiro, el pergamino y el papel. Hasta la invención de la imprenta (año 1440), los libros primitivos fueron manuscritos y tenían forma de rollos o de códices.

En sentido más específico, y considerando el aspecto intelectual, *libro* es la obra científica, literaria o artística de amplitud suficiente para formar uno o más volúmenes. Asimismo, con la voz *libro* se denomina cada una de ciertas partes importantes en que suelen dividirse la obra científica o literaria, y los códigos y leyes muy extensos.

La primera página impresa del libro es la *anteportada*, *falsa portada* o *portadilla*, y en ella figura simplemente el título, a veces abreviado, del mismo. La última página impresa es el *colofón*, anotación final del libro que registra el nombre del impresor, la fecha y el lugar de la impresión. Cabe señalar aquí, como dato ilustrativo, que el primer libro que llevó colofón fue el famoso *Salterio*, impreso en Maguncia, en 1457.

El *formato* — vale decir, el tamaño superficial del libro, prescindiendo del espesor del volumen — se determina por el número de páginas que forman cada pliego, ya que cuanto más páginas tenga el pliego, tanto menores serán ellas en lo alto y en lo ancho, y, por consiguiente, más pequeño será el volumen; al contrario, cuanto menos páginas tenga el pliego, o sea, cuanto menor haya sido la cantidad de partes en que fue doblado, más amplia será la superficie de cada página, y, en consecuencia, más grande será el volumen. Según el número de dobleces que se le hagan al pliego, resultan los siguientes formatos:

a) *En plano* o *atlas*: pliego sin doblar (una hoja con dos páginas); se emplea para mapas, carteles, etc.

b) *En 4º*: pliego doblado en cuatro (cuatro hojas con ocho páginas); se usa para diccionarios, obras de consulta, etc.

c) *En 8º*: pliego doblado en ocho (ocho hojas con dieciséis páginas); es el formato más corriente y difundido.

d) *En 12º*: pliego doblado en doce (doce hojas con veinticuatro páginas); se emplea para novelas, poesías, etc.

e) *En 16º*: pliego doblado en dieciséis (dieciséis hojas con treinta y dos páginas); se usa para diversos tipos de libros, especialmente devocionarios.

La estructura material del libro presenta generalmente tres partes, a saber: preliminares, cuerpo de la obra y accesorios o partes subsidiarias. El cuerpo de la obra es el texto propiamente dicho, que se inicia con el título de partida y excluye, por lo tanto, las páginas preliminares y los accesorios o partes subsidiarias. Los accesorios del libro comprenden: tablas, índices, apéndices, anuncios, fe de erratas, suplementos, epílogo, colofón, *ex-libris*, etc.

Escuetamente definido, *librero* es la persona que tiene por oficio vender libros. En Grecia se llamaba *bibliopola* y en Roma *librarius*, términos que designaban indistintamente al comerciante que vendía libros, al copista que se dedicaba a la escritura material al dictado, y al encuadernador.

Librero de viejo es aquel que vende libros usados, de segunda mano, también llamados libros de lance. Cuando esta persona se especializa en la venta de obras valiosas, sobre todo antiguas, manuscritos, estampas, grabados, documentos históricos, etc., se denomina *librero anticuario*.

El de librero anticuario es el ramo más difícil del comercio de librería, ya que requiere en quien lo ejerce condiciones y aptitudes que raramente se encuentran en el librero común, tales como cultura, generosidad, espíritu de comprensión, criterio amplio, etc. El auténtico librero anticuario resulta ser un colaborador y auxiliar de suma utilidad para el estudioso, y sus catálogos constituyen con frecuencia piezas bibliográficas muy solicitadas.

ROLANDO E. OVIEDO.

DECRETO NUMERO 1343 DE 1974

(OCTUBRE 23)

Por el cual se da cumplimiento a la Ley sobre defensa del idioma.

EL ALCALDE MAYOR DE BOGOTA,
DISTRITO ESPECIAL,

en uso de sus atribuciones legales y en especial de las que le confiere el Artículo 14 del Decreto Nacional N° 189 de 1964,

DECRETA:

ARTÍCULO PRIMERO. — De conformidad con el Artículo 1° de la Ley 002 de 1960, todo establecimiento, empresa industrial o comercial, centros de educación, culturales, sociales o deportivos y en general todo negocio o servicio abierto al público que funcione en el territorio del Distrito Especial de Bogotá, se dará a conocer por un nombre o razón social expresado en lengua española o castellana.

ARTÍCULO SEGUNDO. — Igualmente deberán expresarse en lengua española o castellana:

- a) Los documentos oficiales emanados de las autoridades y los memoriales dirigidos a ellas;
- b) Los títulos, rótulos, enseñas, avisos de negocios o propagandas de industrias, artes, modas, deportes y en general cualquier actividad pública de otra índole que no esté amparada por registro nacional o tradición imprescindible;
- c) Los nombres de los productos, artículos o mercancías originarios de fábricas o empresas establecidas en el país;
- d) Los títulos de las publicaciones habladas y escritas que tengan origen en el país, sin perjuicio de que su texto pueda ir en lengua extranjera acompañado de la correspondiente traducción al castellano.

ARTÍCULO TERCERO. — Se exceptúan de esta disposición:

- a) Los nombres propios de personas ilustres y de propietarios o fundadores de establecimientos que no tengan traducción al idioma español.
- b) Los nombres de los colegios privados y los de educación oficial del Distrito Especial,

cuando se refieran a nombres propios o denominaciones extranjeras, previa calificación de la Secretaría de Educación de Bogotá.

- c) La razón social de empresas o compañías constituídas originalmente en países de otra lengua.
- d) Las marcas de fábrica o nombres industriales de artículos, productos o mercancías originarios de países de otra lengua.
- e) Los derechos adquiridos o constituídos conforme a leyes preexistentes.
- f) Los títulos de las publicaciones periódicas originarios de países de idioma distinto al español.

ARTÍCULO CUARTO. — Para la obtención del permiso de funcionamiento de todos los negocios o servicios abiertos al público, se exigirá, por parte de los Alcaldes Menores, el cumplimiento a la disposición contenida en el artículo 1° del presente Decreto.

Para la obtención o renovación de la licencia de funcionamiento de los establecimientos educativos privados y oficiales se exigirá por parte de la Secretaría de Educación de Bogotá, que los nombres o avisos se expresen en lengua española o castellana, excepción hecha de los derechos adquiridos.

ARTÍCULO QUINTO. — Concédese un plazo de sesenta (60) días, contados a partir de la vigencia de este Decreto, para que los interesados se ajusten al cumplimiento de las normas en él contenidas.

ARTÍCULO SEXTO. — Las personas naturales o jurídicas, empresas o establecimientos que no demostraren ante la autoridad respectiva, dentro del término otorgado, el derecho a utilizar la denominación en lengua extranjera, deberán prescindir de tales usos y si no lo hicieren, las autoridades de policía procederán a retirar las placas, anuncios, avisos o emblemas que ostenten públicamente la denominación prohibida, sin perjuicio de las demás sanciones a que hubiere lugar.

ARTÍCULO SÉPTIMO. — Los contraventores serán sancionados por los Inspectores de Policía y Corregidores con multas sucesivas de quinientos a dos mil pesos, que se impondrán por resolución motivada, previo el trámite determinado en el Decreto 1355 de 1970. Igual procedimiento se adoptará para los casos señalados en el artículo 6º del presente Decreto.

ARTÍCULO OCTAVO. — Los Alcaldes Menores vigilarán dentro de sus jurisdicciones respectivas el cumplimiento de estas disposiciones y darán aviso de las sanciones impuestas a la Secretaría de Gobierno y a los Ministerios de Gobierno, Educación, Desarrollo y Comunicaciones, según el caso.

ARTÍCULO NOVENO. — El presente Decreto rige a partir de la fecha de su expedición.

COMUNÍQUESE, PUBLÍQUESE Y CÚMPLASE.

Dado en Bogotá, D. E., a los veintitrés días del mes de octubre de mil novecientos setenta y cuatro.

EL ALCALDE MAYOR,

ALFONSO PALACIO RUDAS.

HIPÓLITO HINCAPIÉ
Secretario de Gobierno.

* * *

DE LA PATRIA Y DEL IDIOMA

No ha tenido toda la debida resonancia el decreto del alcalde mayor de Bogotá, Alfonso Palacio Rudas, y de su secretario de gobierno, Hipólito Hincapié, para dar cumplimiento a la ley 2ª de 1960 sobre "defensa del idioma".

En buena hora Palacio Rudas, economista y letrado, de la estirpe de Jovellanos y Esteban Jaramillo, obtuvo como senador la aprobación de esta ley, redactada por él mismo. Y en buena hora se empeña en revivirla. Defender el idioma, es defender la patria. No apoyar estas medidas, demuestra un alarmante debilitamiento del espíritu nacional. Vale la pena recordar que los romanos, maestros supremos en colonizar, respetaban muchos valores autóctonos de los pueblos sojuzgados; pero se ingeniaban en difundir el latín, como medida eficaz de imperialismo.

Cuando uno recorre ciertas calles bogotanas, cree estar en un país extraño al leer por todas partes denominaciones como éstas: "coffee shop", "drug store", "boutique", "discothèque", etc. Casos hay, por carecer el castellano de vocablos apropiados, en que se imponen los extranjerismos, mas adaptados a las formas nativas: "yaz" por el inglés "jaz"; "filme" por el inglés "film"; "húsar" por el francés "hussard" o "housard", o el húngaro "huszar". Las acepciones nuevas de palabras viejas (como "estamentos", equivalente de "estrato o sector de una sociedad"), y los regionalismos (como "chévere", tan usado entre nosotros por la juventud), encuentran abiertas las puertas del Diccionario académico. La Real Academia Española, en estrecha colaboración con las Academias de los países hispanohablantes, se caracteriza por la amplitud con que estudia y acoge los fenómenos idiomáticos. El uso general, llevado por buenos cauces, se constituye en norma triunfadora. Las lenguas evolucionan, como todo en la vida; la semántica sigue el curso de esas evoluciones, curso que suele apasionar como una novela de misterio. Con razón escribió Horacio: "Así como los árboles mudan las hojas al declinar el año, cayendo las primeras, así caen en desuso las palabras antiguas, y las recién creadas florecen y están en su vigor con juvenil brío".

En algunos países, como el Japón, se leen en las calles anuncios en inglés, mas acompañados de la versión japonesa. Podía ser ésta entre nosotros una solución para los establecimientos destinados a los turistas. Naturalmente, poniendo en primer lugar las voces castellanas.

La materia es necesaria en la vida, empero el espíritu lo es en mayor grado; es él el que mantiene y hace perdurable a la primera. Y el idioma es creación directa del espíritu. Por algo enseñó el evangelista que "En el principio, era el Verbo".

Bogotá se beneficia con la organización de sus finanzas, con las obras de progreso, con la moralización de sus ambientes, con tantas buenas iniciativas de sus autoridades. Y Bogotá, la antes llamada Atenas suramericana, se beneficia muy grandemente con el celo por la pureza del idioma. Celo bien demostrado por estos dos escritores que hoy la rigen, para quienes no anduvo equivocado el bogotano don Rufino José Cuervo al sostener que nada simboliza tan cumplidamente a la patria como el idioma.

LUCIO PABÓN NÚÑEZ.

En *El Siglo*, Bogotá, 27 de noviembre de 1974.

ASPECTOS DE LA GUAJIRA

En relación con la crónica sobre la Guajira que apareció en el número 160 de *Noticias Culturales*, nos ha llegado desde Hamburgo una amena e interesante carta fechada el 2 de octubre de 1974 y suscrita por nuestro gentil amigo Carlos H. Gottfr. Schmitt, quien residió muchos años en Colombia, su segunda patria. En ella suministra datos de primera mano sobre sus experiencias en la Guajira, donde vivió cerca de un año (1969-1970). Gustosos transcribimos algunos apartes de su carta, en los cuales se refiere a las fotografías por él enviadas, «fotos que tomé —son sus palabras— en esa época y que pueden ser interesantes para ese trabajo que tanto respeto», es decir, el de las encuestas para el Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia. Y continúa:

«Entre ellas está, primero, la de una india con un niño en los brazos. No fue fácil tomar esta foto; si ella no se hubiera detenido para mirar alguna cosa, no la hubiera podido tomar. El encaje era totalmente de primera, casi como las mantillas de

Inés de la Torre Rivas que yo poseo. La maraca parecía de plata, creo que lo era, y la pulsera de oro. Además, tenía una perla en la gorra. De manera que se trataba de una princesa indígena, aunque mis amigos, también indígenas, de Riohacha no sabían quién pudiera ser. De todos modos, era interesante y no fue la única que vi de esta clase social de indígenas.

La niña, que aparece en otra foto, es un ejemplo curioso de mezcla de razas. Secretaria en la Gobernación, pero no del Gobernador, era de una belleza especial, muy inteligente y de mundo. Lo curioso es que tuviera cuerpo de blanca, lo mismo que sus modales y modo de caminar. El cutis negro retinto, más de lo común en la Guajira, y el cabello completamente indio. Sabía vestirse bien y casi siempre en contraste con su color, especialmente de amarillo fuerte.

La foto que parece de un *hippie*, es de un indio kogui. Estos eran antes pescadores y vivían en la costa entre Palomino y Dibulla y, quizás también,



Princesa indígena de la Guajira.



Bello ejemplo de mezcla de razas.



Única casa antigua de Riohacha.

más hacia Santa Marta; desgraciadamente fueron desplazados por los colonos que fueron ocupando cada vez más la costa expulsándolos hacia la Sierra Nevada, donde ahora viven, en regiones de 1000 a 2000 metros de altura, con agricultura en pequeñas terrazas. Según he oído, todos han perdido su idioma original y hablan castellano. Yo mismo hablé con ellos en este idioma, lo cual sería un campo de estudios para la comisión lingüística y la conexión podría ser por medio de los padres capuchinos. Andan únicamente a pie y no se dejan llevar en bus ni en carro, aunque se les convide. Sería



Indio kogui transitando por la playa.



Panorámica de Riohacha tomada desde el avión.

una buena obra del Gobierno conseguirles una tierra junto al mar, donde nadie los moleste y donde puedan buscar tranquilos los mariscos, pues ellos, como el que aparece en la foto, todavía bajan a buscarlos a las playas. Son muy pacíficos y amables, pero las mujeres, que poco los acompañan, son aún más tímidas que las de la alta Guajira. Los vestidos son todavía hechos por ellos mismos y las lindas mochilas son de color crema y de diferentes matices de marrón. Puede apreciarse la inteligente mirada. Acerca de ellos hay un estudio de la Unión de Seglares Misioneros (USEMI), de febrero de 1970, que vale la pena leer.

La foto de la casa, que acompaño, presenta la única casa antigua de Riohacha, es decir, la única que dejó Morgan en su tiempo, cuando destruyó a Riohacha. Fuera de esta casa, aunque con nuevo techo de tejas holandesas, sólo queda en pie la torre situada a la izquierda del frente de la catedral (ver fotografía en *Noticias Culturales*, núm. 160). La casa perteneció a Gratiniano Gómez, figura clave de la Guajira, quien hasta hace poco vivía y quien, si no ha muerto — pues aunque mantengo comunicación postal con Riohacha, no lo he sabido —, debe contar actualmente con más de 90 años, con una gran historia, que conozco, porque tengo el honor de ser, como él mismo me dijo un día, su íntimo amigo. También el andén se conserva todavía como en la colonia: con gradas en las esquinas, pero tan alto, que casi no se puede bajar, porque en tiempo de lluvia la calzada se inundaba. La casa está bien conservada por el dicho don Gratiniano.

La última fotografía es de Riohacha, desde el avión, cuando salí en septiembre de 1970, que espero no será mi última salida o, mejor dicho, visita a Riohacha, que es un lugar para mí muy agradable y a donde pienso un día volver especialmente para desarrollar algunas labores en favor de la gente menos favorecida de allá, que es todo mi interés ».

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

LIBROS INCORPORADOS EN EL MES DE OCTUBRE DE 1974

(continuación)

- PEÑA MOTTA, PEDRO PABLO. — Maquiavelo. Doctrina política de "El Príncipe", proyección en Hegel, el fascismo, repercusiones hoy. [Bogotá], Ediciones Paulinas, [1974]. 95 p. ilus. (incl. diagramas) 21 cm. (Colección Estudios Sociales, 5).
- PILONEN, JUHANI. — Hippolytus Romanus, Epiphanius Cypriensis and Anastasius Sinaita. A study of the Diemerismòs tês gês ... Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1974. 41 p. 24½ cm. (Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Ser. B, 181).
- QUEVEDO, NUMA. — Bolívar legislador y jurista. Caracas, Ediciones de la Contraloría, 1974. 291 p., 2 h. 22 cm. (Colección Historia).
- QUIROGA BENÍTEZ, SIMEÓN. — Recuerdos inolvidables y treinta poemas ... [s. l., s. Edit., 1974?]. 138 p. 20 cm.
- RABANALES, AMBROSIO. — Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL). Bogotá, [Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo], 1974. 40 p. 23½ cm.
- RAGUCCI, RODOLFO MARÍA, S. D. B. — Voces de Hispanoamérica. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1973. 382 p., 1 h. 20½ cm. (Biblioteca de la Academia Argentina de Letras. Serie Estudios Académicos, 17). Contenido. - Rufino José Cuervo, p. 13-47. - Miguel Antonio Caro, p. 49-111. - Reverendo Padre Félix Restrepo S. I., p. 113-127.
- REINA, RUBÉN E. — Paraná. Social boundaries in Argentine city ... Austin and London, University of Texas Press, Institute of Latin American Studies, [1973]. xxiv, 390 p. ilus. (incl. diagramas), láms. 22½ cm. (Latin American Monographs, 31).
- RENDÓN G., GUILLERMO. — Teoría del arte. [Bogotá, Edit. Presencia, 1974]. XIII, 248 p., 3 h. láms. (algs. cols., incl. música) 28 cm. Contenido: I. - Elementos de juicio: Reflejos psicosociales. Tendencias de los elementos. - II. - El compromiso en el arte: Dinámica de las relaciones estructurales en la mimesis artística.
- RESTREPO MERINO, FABIO *coautor*. — Química básica. Los principios fundamentales de la química general [por] Fabio Restrepo Merino [y] Leonel Vargas Herrera. 9ª ed. [Medellín (Colombia), Edit. Bedout, 1973]. 670 p. ilus. 23½ cm.
- ROBLES, MIREYA. — La relatividad de la realidad. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974. 7 p. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIX, N° 2, 1974.
- ROMERO LEÓN, REMIGIO. — Discursos. Selección y prólogo de Rigoberto Cordero y León. Cuenca (Ecuador), Universidad de Cuenca, 1969. 65 p. 21 cm.
- SANTA, ARTURO. — Esta noche de asfixia universal. Poesía. [Medellín (Colombia), Impresos Super], 1974. 119 p. 19½ cm.
- SOCIEDAD INTEGRADA PARA ELABORACIÓN DE PRUEBAS (SIPEP), Bogotá, ed. — ¿Cuánto sabemos? [Bogotá, Editora Desarrollo, 1974?]. 283 p., 1 h. ilus. (incl. mapas) 21½ cm. Contenido. - Curso quinto de primaria.
- SOTO APARICIO, FERNANDO. — Puerto Silencio. [Medellín (Colombia)], Edit. Bedout, [1974]. 350 p. 18½ cm. Bolsilibros Bedout, 147).
- SUÁREZ, ARTURO. — Rosalba y Canto a Rosalba. 19ª ed. Bogotá, Ediciones Mundial, 1973?]. 398 p. 20 cm.
- STANISLAV, JÁN. — Dejiny slovenského jazyka. Bratislava (Checoslovaquia), Vydavateľstvo Slovenskej Akadémie Vied, 1957, 1958. 3 v. láms. (facsíms.) 24 cm. Contenido. - t. 1: Uvod a hlásloslovie. Druhé, doplnené vydanie. - t. 2: Tvaroslovie. - t. 3: Texty. Traducción: Historia de la lengua eslovaca.
- SUBERO, EFRAÍN. — Para un análisis sociológico de la obra literaria ... Valparaíso (Chile), Universidad de Chile, 1972. 12 p. (anv.) 28 cm. Trabajo presentado ante el II Congreso Internacional de la Nueva Narrativa Hispanoamericana, reunido en la Universidad de Chile,

- Valparaíso 27 al 31 de agosto de 1972. Mimeoografiado.
- TAGLIALATELA RICCIO, ALESSANDRA. — Recensione a: Leo Pollmann, La "Nueva novela" en Francia y en Iberoamérica, versión española de Julio Linares. Napoli (Italia), Istituto Universitario Orientale], 1974. p. 130-134. 24 cm. Separata de "Annali dell' Istituto Universitario Orientale". Sezione Romanza.
- TAGLIALATELA RICCIO, ALESSANDRA. — Sopravvivenza e validità del surrealismo (A proposito di "Rayuela" di Julio Cortázar). Napoli (Italia), [Istituto Universitario Orientale], 1973. 10 p. 24½ cm. Separata de "Annali dell' Istituto Universitario Orientale". Sezione Romanza, p. 270-278.
- TING, NAI-TUNG. — The Cinderella cycle in China and Indo-China ... Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia, 1974. 67 p. 23½ cm. (Folklore Fellows Communications, 213).
- TORRES NEIRA, HERNANDO. — Una gema y un destino. Bogotá, [Talleres Gráficos Ponce de León], 1967. 178 p., 1 h. 16½ cm.
- TORRES NEIRA, HERNANDO. — Rebatija (Novela). Bogotá, Edit. Kelly, 1974. 148 p., 1 h. 19½ cm.
- TUR, JAUME. — Sobre la teoría de la traducción. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974. 19 p. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIX, N° 2, 1974.
- UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR, Quito, ed. — Memorias. Primer Congreso Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas del Ecuador, Quito 16-19 de mayo de 1973. Quito, [Edit. Universitaria, 1973]. 209 p., 1 h. ilustr. (rets.) 24 cm.
- VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA. — Ante los bárbaros. El yanqui; he ahí el enemigo. Medellín (Colombia), Editora Beta, [1974]. 178 p., 2 h. 16½ cm. (Obras Completas, 36).
- VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA. — Vuelo de cisnes. Díptico pasional. Medellín (Colombia), Editora Beta, [1974]. 233 p., 2 h. 16½ cm. (Obras Completas, 22).
- VÉLEZ GÓMEZ, CARLOS. — Integration and development. [Manizales (Colombia), Alfa y Orsa, 1974]. 170 p., 1 h. ilustr. 23½ cm.
- VERGARA Y VELASCO, FRANCISCO JAVIER. — Nueva geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales ... Bogotá, Banco de la República, [1974]. 3 v. ilustr. (incl. mapas) 22½ cm. (Archivo de la Economía Nacional, 33).
- VILLAMARÍN GUTIÉRREZ, HERNÁN. — Evolución del derecho bancario. Estudio general y legislación colombiana. [Tunja (Colombia)], Contraloría General de Boyacá, Fondo Rotatorio de Publicaciones, 1972. 744 p., 1 h. 23½ cm.
- VIRGILIUS MARO, PUBLIUS. — Medicei simillimum. Publice phototypice impressum. Romae, Typis Regiae Officinae Poligraphicae, 1931. 221 h. 21½ cm. Guardado en caja especial con: Il Codice Mediceo di Virgilio, per Enrico Rostagno.
- WEHEFRITZ, VALENTIN, ed. — International loan services and union catalogues ... Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, [1974]. 4 h. p., 258 p., 1 h. 24 cm. (Zeitschrift für Bibliothekswesen und Bibliographie. Sonderheft, 17). A manual published by the Committee on Union Catalogues and International Loans of the International Federation of Library Associations.
- WOLFRAM, WALT. — Sociolinguistic aspects of assimilation. Puerto Rican English in New York city ... [Arlington, Virginia], Center for Applied Linguistics, 1974. xv, 241 p. 22½ cm. (Urban Language Series, 9).
- ZAWADZKY C., ALFONSO, *Pbro.*, — Centenario de Miguel Antonio Caro. Cali (Colombia), [Imp. Bolivariana], 1943. 14 p. 15 cm. Homenaje rendido el 10 de noviembre de 1943.
- ZAWADZKI, RYSZARD. — Rozwój i działalność publicznych bibliotek powszechnych na dolnym Śląsku w latach 1945-1964. Wrocław, Wrocławskie Towarzystwo Naukowe, 1967. 345 p., 7 h. láms. (incl. facsím.), mapa dobl. 24 cm. (Ślaskie Prace Bibliograficzne i Bibliotekoznawcze, 10). Traducción: El desarrollo y actividades de las bibliotecas públicas de la baja Silesia en los años 1945-1964.
- ZEÁ HERNÁNDEZ, GERMÁN. — El Concordato ante el Senado ... Bogotá, Imp. Nacional, 1974. 153 p. 16½ cm.